



Sobre la estética del arte musical

BETTY LUISA ZANOLLI FABILA

¿Ha muerto la estética o todavía tiene vida, goza de vigencia o tiene algún sentido? Yo me lo pregunto con gran frecuencia, y es que en nuestra sociedad contemporánea el criterio tradicional que de estética fue establecido durante la Antigüedad Clásica hoy en día está muy lejos de aproximarse a lo que fue su ideal. Pero de qué ideal hablo, hablo de aquella búsqueda de lo bello en el ámbito del arte, de aquel anhelo por alcanzar la proporción y el equilibrio, aspiraciones que en la actualidad no sólo están lejos de tales objetivos sino que en la mayor parte de las manifestaciones artísticas priva como tendencia predominante la de expresar un “antiarte”, y por tanto, una “antiestética”, desde el momento de imponer nuevos parámetros sobre lo que el arte es y por ende, al desvincularle de lo que por siglos se ha reconocido como “belleza”.

Concretamente, entre las primeras reflexiones desarrolladas con una cierta sistematización en torno a la música destacan las de Platón, quien pretendió no sólo aplicar las mismas leyes que regían en el cosmos a dicho arte, sustentado en que en ambos campos predominaba una armonía universal, sino además reconocerle poderes terapéuticos y facultades que permitían al alma acceder a la virtud. Otras fueron las de Aristóteles, quien retomando las ideas platónicas señaló que la

música es un delicioso placer que mitiga las penas de la vida y posee una noble misión: influir en los estados del alma; fenómeno que posibilita al hombre acceder a la catarsis. Durante la Edad Media el sentido estético de la música estuvo vinculado con los preceptos religiosos, al grado que fue vista toda interpretación instrumental (salvo en el caso del órgano) como una práctica pagana. El centro ideológico que se mantuvo vigente durante este periodo histórico emanó de los postulados agustinos, según los cuales sólo el canto humano, concibiendo al hombre como una extensión divina, permitía la elevación espiritual y el despertar en su alma del punto matemático implantado por Dios, facultándole así el acceso a Él. Quien canta, ora dos veces, tal era el pensamiento prevaleciente. Siglos más tarde, el propio Leibniz retomaría este criterio al asociar la música con la ciencia y así apuntar que el placer que ella proporcionaba era debido al descubrimiento de sus proporciones y cualidades matemáticas.

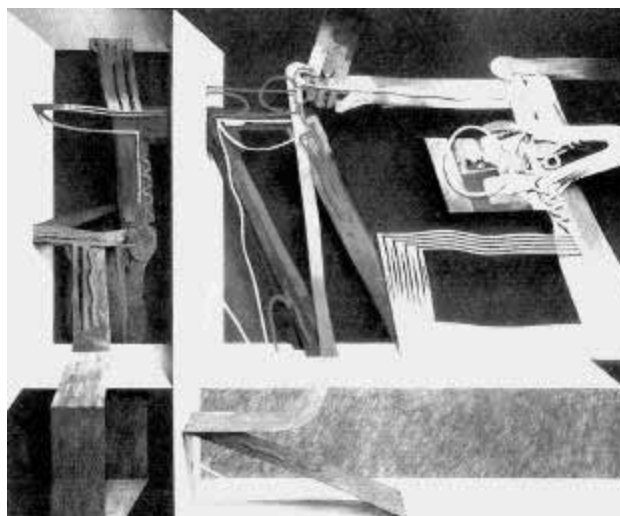
Sin embargo, fue hasta el Renacimiento que las reflexiones sobre la música comenzaron a ahondar más en sus potencialidades subjetivas, proceso para el cual el nacimiento y evolución del nuevo género musical operístico fue determinante, ya que por un lado se destacó el valor poético-dramático de la nueva forma artística pero por otro se reafirmó el valor intrínseco de la música, coexistiendo entonces una evidente estética

objetiva, en búsqueda de la verdad y la racionalidad, con una igualmente clara estética subjetiva, en pos del virtuosismo y del deleite artístico.

A finales del siglo XVIII el criterio estético fue objeto de una nueva y poderosa transformación, principalmente en las escuelas de pensamiento alemanas. Filósofos como Herder, Wackenroder, Schelling, Kierkegaard y Nietzsche, y músicos y literatos como Novalis, Hoffmann, Stendhal, Schumann, Berlioz, Baudelaire y Wagner, aportan sus puntos de vista al respecto desde muy diversos ángulos, pero si en algo coincidieron todos fue en su aspiración por hacer música a partir del arte en general, tal y como antes lo habían pretendido con la poesía. Para los nuevos pensadores, emanados del romanticismo emergente, la música es expresión que formaliza a la pasión y por tanto, es arte hermano de la poesía.

En tal sentido, Herder fue el primer literato que se ocupó de la música, al grado de concebir que la poesía misma era la música del alma, en tanto que para Wackenroder la música era el espejo de los sonidos en el que el corazón humano aprendía a conocerse. Pero más allá que estos últimos fue Novalis, el gran novelista romántico cuya obra, en la que la música jugó en todo momento un papel protagónico, se aproximó más a la contemplación y al éxtasis que al trabajo literario mismo, lo cual se explica al reconocer la estrecha identificación de la música con la literatura, misma que lo llevó a declarar que “las palabras son la configuración acústica de las ideas” y que la poesía, como los artistas plásticos, no eran sino figuraciones de la música, juicio que debió ser germen para el desarrollo del concepto de “arte totalizador” que habría de retomar posteriormente Wagner.

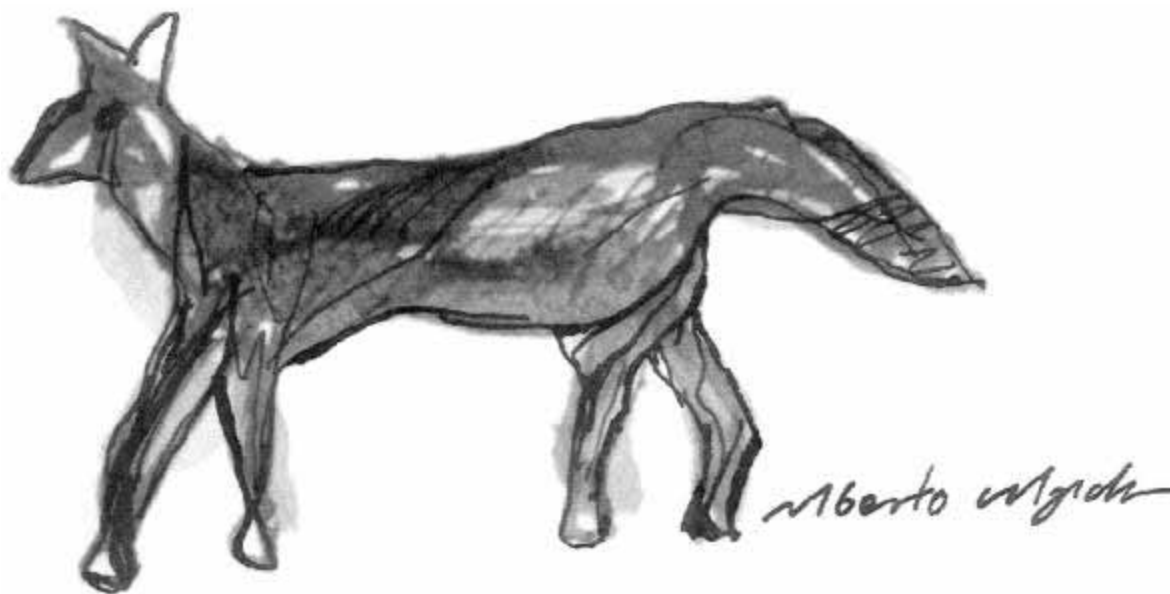
Para mediados del siglo XIX la tendencia de los estudiosos del tema es que los problemas musicales gocen de una mayor autonomía. Schopenhauer concibe que la música emana de la voluntad misma, no de las ideas, de



Oswaldo Sagástegui

ahí que señale “el efecto de la música es mucho más poderoso y penetrante que el de las otras artes, pues éstas sólo nos producen sombras, mientras que ella esencias”. Lo relevante no son sus cualidades externas, sino que en ella “hay que ver algo más que un *-exercitium arithmeticae occultum nescientis se numerae animi-* como Leibniz la calificó, con gran razón, sin embargo, en cuanto él no consideraba más que su significación exterior e inmediata, su corteza.” El arte musical no representa pues a un fenómeno, sino que refleja la esencia interna de todo fenómeno. Es por tanto el arte supremo, ya que en contraste con otras, permite una aprehensión intuitiva de la vida ricamente expresiva de la voluntad en la inmediatez del sonido puro, evitando de ese modo las mediaciones de las artes habladas y visuales que se apoyan en vehículos materiales y lingüísticos. Es ella la que da solaz y alivio momentáneo a la ansiedad de la vida al permitir la elevación del yo por encima de toda visión de sí mismo como participante de los eternos arquetipos de la vida humana.

Y así se podría continuar, refiriendo una y mil consideraciones más sobre lo que ha significado y representado el arte musical en el transcurso de la historia. Pero el caso es que hoy el mundo parte de otras premisas, de



Alberto Calzada

otros valores. La sociedad “no se conforma” con buscar lo bello. El concepto de arte ha cambiado, y tanto lo ha hecho, que lo que hoy se reconoce por arte, hace décadas hubiera sido inconcebible de haber sido creado. Así ha ocurrido en todas las épocas de la historia humana, no es algo nuevo, pero ahora presenta una nueva y sui generis característica. No es que esté en contra de que ya la belleza no sea el rasero. Y por belleza me refiero a aquel concepto que desde los griegos y los romanos la humanidad fue conservando y desarrollando. Es sólo que lamento este cambio de óptica. Un hecho que priva no sólo en el aspecto teórico sino también en el práctico, tal y como lo evidencian los diferentes sujetos involucrados en el quehacer artístico que participan de los nuevos criterios artísticos. ¿Por qué? En gran medida como consecuencia del avance de la inmisericorde mercadotecnia que fomenta el desvalor y la fealdad, lo grotesco y lo aberrante, partiendo sólo de una finalidad lucrativa, sin darse cuenta de que fomentando lo bello y lo estético es como mejor puede exaltarse y sublimarse al ser humano.

Sí, me declaro conservadora y tradicional, pero así fui formada y en los antiguos valores y principios estéticos

heredados del pensamiento grecorromano he creído y creeré. No es un rechazo a la innovación y la originalidad, es sólo que creo firmemente en una frase que mi padre siempre destacó, al afirmar: “Cuánto haría falta por decir todavía sobre el acorde de tríada...”. Y tenía razón, pues a continuación añadía: “Lo que falta es el genio”. Y yo nuevamente lo suscribo. Falta el genio, porque la belleza será siempre inmortal, y aquella belleza que conmovió al heleno del siglo V a.C., seguirá conmoviendo al hombre, no importando la época a la que pertenezca. Sobre todo en el arte musical. No es que el hombre haya cambiado ni tampoco sus ideales, éstos subsisten de modo latente en el alma humana, y estoy segura que siempre habrá algún artista que luche por continuar haciendo de la música ese arte supremo, ese arte cuyo lenguaje es universal y no requiere de traductor, en todo caso, del intérprete. Pero para que realmente conmueva y sacuda hasta las más hondas fibras del ser que lo escucha, tendrá que recurrir a los valores inmanentes y principios fundamentales que por milenios la humanidad ha reconocido como bello y como artístico.